

Mientras Maximiliano hacía toda clase de esfuerzos por allanar los entorpecimientos que por dondequiera se le presentaban, tropezó con otro no menos grave, que consistió en la decidida oposición que le hizo el gobierno de los Estados Unidos. Ya en 4 de abril de 1864 la Cámara de diputados de la Unión había declarado solemnemente que el reconocer una monarquía fundada en América sobre las ruinas del gobierno republicano era incompatible con los principios sustentados por los Estados Unidos. El Senado de este país aplazó la discusión de este dictamen por un tiempo indeterminado por llamar más su atención la guerra separatista que por entonces ardía en la Confederación; pero los progresos que las armas del Norte realizaron en su lucha contra los del Sur, y la tenacidad con que la Cámara de diputados sostuvo su anterior declaración, despertaron grandes temores para el porvenir, de los cuales participó también Napoleón. Después de los triunfos decisivos de los unionistas en los primeros meses de 1865, el lenguaje oficial de Seeward, ministro de Negocios extranjeros de los Estados Unidos, se fué haciendo más brusco, rudo y terminante, y cuando el presidente Johnson, que después del asesinato de Lincoln le había sustituido, se negó resueltamente á recibir una carta de Maximiliano, no quedó ya ninguna duda de que la Unión restablecida en la América del Norte expresaría muy pronto su hostilidad á la monarquía mejicana. Así, pues, Napoleón no se hizo ya ilusiones y se convenció de que sólo era cuestión de tiempo la necesidad de retirar sus tropas y abandonar á Maximiliano á su suerte. Le aconsejaban además esta medida los informes que de diferentes fuentes se recibían en las Tullerías. Allí se concentraban las quejas de Maximiliano contra Bazaine y las de éste contra aquél; las insinuaciones del Cuerpo legislativo, que predicaba sin cesar la economía; las representaciones de los Estados Unidos cada día más altaneras, y las cartas que se le proporcionaban de los oficiales de Estado mayor del ejército expedicionario, en las que se pintaba con negros colores la situación del país, la falta de avenencia de las autoridades y la insuficiencia de Bazaine, que había perdido casi toda su popularidad en el ejército, concluyendo por decir que era preciso salir cuanto antes de aquel *avispero de Méjico*.

Resuelto ya Napoleón á retirar sus tropas, deseaba sin embargo demostrar que lo hacía por su propio impulso y no por imposición ajena, es decir, de los Estados Unidos. Fácil le hubiera sido realizarlo desde luego si la Unión hubiese accedido á reconocer al nuevo gobierno en Méjico; pero Seeward rechazó decididamente toda indicación en este sentido, diciendo que precisamente el establecimiento de una monarquía era lo que excitaba el descontento de sus compatriotas. Seeward, sin embargo, conforme escribió á principios de enero de 1866 al ministro de Negocios extranjeros de Juárez, deseaba facilitar al emperador de Francia el modo de abandonar á Méjico decorosamente, á cuyo fin quería sostener la apariencia de que el ejército francés regresaba porque Maximiliano no tenía ya nada que temer. Pero de ningún modo quiso conservar esta apariencia reconociendo la autoridad del archiduque, como lo declaró decidida-

mente en sus notas del 6 y 16 de diciembre de 1865, antes bien exigió entonces la retirada incondicional del ejército francés. Únicamente accedió al fin á prometer, conforme le pidió Drouyn de Lhuys en una nota del 9 de enero de 1866, la rigurosa neutralidad de los Estados Unidos en la guerra civil mejicana si la Francia retiraba sus tropas.

Llegó por fin la hora de la evacuación. Al abrir la legislatura el 22 de enero de 1866, el emperador de los franceses anunció á las Cámaras que la expedición tocaba á su término y que se entendía con el emperador Maximiliano para fijar la época del llamamiento de las tropas. El 31 de enero decía el mariscal Bazaine, en una carta confidencial, para justificar su resolución, que las circunstancias eran más poderosas que su voluntad y le exhortaba á trabajar con todo su celo y toda su actividad en organizar algo duradero. La carta terminaba con estas significativas palabras en las que preveía la desgracia de su protegido: «Si por casualidad el emperador Maximiliano no tuviera la energía necesaria para quedarse en Méjico después de la salida de nuestras tropas, habría que convocar una junta, organizar un gobierno y conseguir, merced á vuestra influencia, la elección de un presidente de la República, cuyos poderes deberían durar de seis á diez años. Naturalmente, este gobierno debería comprometerse á pagar la mayor parte de nuestros créditos sobre Méjico.»

A mediados de enero escribió el ministro de la Guerra, mariscal Randón, á Bazaine algunas instrucciones relativas á la evacuación, diciéndole que podía elevar la legión extranjera francesa á ocho mil hombres, y que por lo demás se arreglara Maximiliano como pudiese. El reembarque de las tropas debía efectuarse en tres veces: el primero en el otoño de 1866, el segundo en la primavera de 1867 y el tercero en el otoño del mismo año. Para Maximiliano fué esto un desengaño terrible, y se dice que exclamó: «¡Me han engañado! Existe entre Napoleón y yo un convenio solemne sin el cual no hubiera aceptado la corona y que me aseguraba sin reservas el auxilio de las tropas francesas hasta fines de 1868.» Quiso abdicar, pero su esposa le contuvo y le conjuró á hacer cuanto pudiera para sostenerse.

Para hacer una postrera tentativa, Maximiliano envió á París al general Almonte con objeto de pedir á Napoleón su auxilio en hombres y en dinero, es decir, la observación del tratado de Miramar en su más lata y favorable acepción; pero la respuesta fué una rotunda y áspera negativa, condensada en un ultimátum, á saber: que se haría con el emperador mejicano un nuevo convenio, en virtud del cual se comprometería éste á ceder al gobierno francés, en pago de los anticipos hechos, la mitad de la renta de las aduanas marítimas; que si se aceptaba este convenio, las tropas saldrían de Méjico en los plazos anunciados, de lo contrario el reembarque podría efectuarse inmediatamente. No falta historiador que asegure que había un motivo secreto para tanto rigor: el de privar á Maximiliano de toda clase de recursos para obligarle á abdicar, pues de este modo la retirada de las tropas francesas podría efectuarse sin mengua de

su dignidad, haciendo recaer toda la culpa en la inercia ó ineptitud del archiduque austriaco.

Mientras tanto los juaristas iban ganando de día en día más terreno: á medida que los franceses evacuaban las provincias más apartadas se apoderaban de ellas, y llegaron hasta amenazar á Tampico. En esta penosa situación la emperatriz Carlota se decidió á pasar personalmente á Europa y buscar auxilio en París, Roma, Viena y Bruselas. Cuando menos se lisonjeaba de conseguir el auxilio pecuniario de Napoleón. Pero Carlota no podía haber escogido peor época para su viaje, porque en aquellos momentos la batalla de Koenigsgratz no solamente acababa de revelar la fuerza interior de la Prusia, sino que había obligado al emperador Napoleón y á sus hombres de Estado á confesar la debilidad de Francia, cuya debilidad, á su modo de ver, era debida, si no exclusivamente, por lo menos en su mayor parte, á la complicación mejicana. Por esta causa el gobierno francés, á raíz de la batalla de Sadowa, no pudo concentrar un fuerte ejército junto al Rhin é imponer con él la ley á la Prusia; y fueron rechazadas las pretensiones que Benedetti presentó á principios de agosto en Berlín, no quedando más recurso al gobierno francés que devorar en silencio su disgusto y resentimiento. Apenas predominaba en las Tullerías más pensamiento político, sobre el cual todo el mundo estaba de acuerdo, que la absoluta necesidad de retirar las tropas de Méjico.

Napoleón, que acababa justamente de salir de un grave ataque de su enfermedad, hubiera preferido no ver á la emperatriz Carlota, pero no pudo negar una entrevista á esta princesa, que se hallaba en estado agitadoísimo. La entrevista fué larga y violenta, y de ella salió la emperatriz completamente quebrantada. No había podido obtener de Napoleón ni facilidades pecuniarias, porque el emperador participaba sin duda de la opinión que Fould le había expuesto en una memoria del 14 de agosto, á saber: que no se podía auxiliar al trono de Maximiliano con dinero, porque ya no podía dudarse de que el partido monárquico había sido mucho más débil de lo que habían hecho creer en su tiempo los refugiados mejicanos; que Maximiliano no podía sostenerse sin las tropas francesas, y por lo mismo era conveniente que declarara en un manifiesto que cuando los mejicanos le habían ofrecido la corona se habían engañado á sí mismos; que abdicaba, y que sólo aprovecharía la presencia del ejército francés para mantener el orden y dar lugar á la elección de un nuevo gobierno y de un jefe del Estado. Estos también fueron los únicos consejos que Napoleón supo dar á la emperatriz Carlota, declarándose pronto á facilitar su ejecución si los aceptaba, en cuyo caso ofreció retardar la retirada de sus tropas algunos meses, para embarcarlas definitivamente en la primavera de 1867. La infortunada soberana, después de quince días de permanencia, salió de la corte de Francia con el corazón destrozado. «¡Tengo mi merecido!, exclamó; la nieta de Luis Felipe no habría debido fiarse jamás de un Bonaparte.» Tampoco pudo esperar auxilio del Austria, que acababa de sucumbir en Koenigsgratz, y también fueron

vanos todos sus esfuerzos en Roma. Estos desengaños y agitaciones acabaron con su fortaleza de espíritu, y á principios de octubre se apoderó de ella una incurable enajenación mental, en cuyo estado continúa desde entonces y que le ocultó la terrible catástrofe de su esposo.

Inmediatamente después de la marcha de su esposa, Maximiliano, desorientado ya, echóse en brazos del partido reaccionario, nombrando un nuevo minis-



El general mejicano imperialista D. Miguel Miramón

terio cuya presidencia confió á D. Teodoro Lárez. Creía sin duda que este partido lograría sacarle de su apurada situación. La militar tomaba asimismo un sesgo cada vez peor. Periódicamente se habían estado publicando derrotas sufridas por los republicanos en diferentes partes del territorio, y sin embargo no pasaba mucho tiempo sin que surgiesen como por ensalmo numerosos cuerpos armados que hacían tocar las dificultades insuperables con que se tropezaba para llevar á cabo la obra de pacificación. Una de las plazas que cayeron en poder de los juaristas fué la de Tampico, de lo cual Maximiliano culpó á Bazaine, quien á su vez se quejó amargamente de la conducta de los generales mejicanos imperialistas. Con este motivo aumentó la tirantez entre la corte y el mariscal, agregándose el temor de los planes ambiciosos de Bazaine.

La emperatriz Carlota había manifestado también este temor á Napoleón, al

cual impresionó tanto más cuanto que estaba de acuerdo con las noticias y quejas que había recibido y se hallaba confirmado particularmente por la correspondencia del general Douay con su hermano, según afirma el mariscal Randón en sus Memorias. No faltaba otra cosa para poner á Napoleón en la situación más falsa sino la tentativa de su mariscal de hacerse elegir emperador ó presidente de Méjico en lugar de Maximiliano; y como Bazaine había dado demasiados motivos para que el emperador francés mermara sus poderes, entre aquéllos el de permitir, siquiera con repugnancia, que dos de sus oficiales, Friant y Osmond, entraran á formar parte del ministerio mejicano, envió á Méjico en septiembre de 1866 á su edecán el general Castelnau con poderes que le autorizaban para dar órdenes á Bazaine. Lo primero que hizo Castelnau fué aconsejar á Maximiliano que abdicase y favorecer luego la formación de un gobierno republicano á cuyo frente debería ponerse un general de verdadera popularidad, por ejemplo Ortega ó Porfirio Díaz. Al propio tiempo estaba encargado de proceder de acuerdo, si era posible, con el general norteamericano Sherman y con el embajador de los Estados Unidos Campbell, cuyas instrucciones le mandaban tratar sólo con Juárez, por deber considerarle como el jefe legítimo del Estado mejicano. El ministro de la Unión Seeward había consentido en esta acción común partiendo del supuesto de que la retirada de los franceses comenzaría en noviembre; pero cuando supo que Napoleón la había aplazado hasta el mes de marzo de 1867, conforme había prometido á la emperatriz Carlota, no solamente pidió explicaciones sobre este cambio, sino que llamó á Sherman y dispuso que Campbell marchara á Durango al lado de Juárez.

Las funestas noticias recibidas de Europa referentes al fracaso de las gestiones de la emperatriz Carlota así como á su enfermedad mental, causaron tal impresión en el ánimo de Maximiliano, que pasó algún tiempo encerrado en su palacio de Chapultepec sin querer ver más que á dos ó tres personas de su mayor intimidad. Entonces formó el propósito de abdicar y así se lo indicó á Bazaine en una comunicación confidencial, añadiendo que procuraba que hubiera seguridad para su viaje á Veracruz, en donde pensaba embarcarse después de publicar su abdicación. Con tal motivo, el emperador, alegando que los médicos le habían aconsejado que cambiase de aires á causa del mal estado de su salud, salió el 21 de octubre de la capital, escoltado por trescientos húsares, y se trasladó á Orizaba. En el camino encontró al general Castelnau, que le pidió una entrevista, pero se negó á recibirle: estaba más desalentado por la triste suerte de su esposa que por su propio infortunio político.

A pesar de todo, volvió á abandonar su resolución de abdicar, cediendo á las reiteradas excitaciones de los reaccionarios, y en particular á las instancias del presbítero Fischer, en quien tenía la mayor confianza. También le instaban á mantenerse firme los generales Márquez y Miramón, que hacía algún tiempo se había puesto á su servicio, y en vista de todo ello tomó la resolución de someter primero la cuestión al ministerio y al Consejo de Estado. Éstos fueron

convocados en Orizaba, y en su conferencia del 24 de noviembre aconsejaron por veinte votos contra dos convocar un congreso nacional para que decidiera si el país había de ser regido por monarquía ó por república. Maximiliano aceptó por su desgracia el consejo, quizás en la creencia de que los juaristas, convencidos de su triunfo, tomarían parte en el congreso. Encargó al presidente del ministerio, Lárez, que comunicara esta resolución á las autoridades francesas en



El general mejicano D. Mariano Escobedo

Méjico y que les dijera que el emperador, en vista de que la Francia no quería apoyarle más, estaba decidido á apoyarse en las fuerzas del país.

El disgusto que causó esta resolución en París fué grande, tanto que Napoleón envió la orden telegráfica de que se embarcara también la legión extranjera francesa, á pesar de haber confirmado la promesa de Miramar, en el convenio del 30 de julio, de que esta legión después del embarque del ejército continuaría todavía seis años al servicio de Maximiliano. La ruptura entre Napoleón y su protegido se había hecho, pues, completa, lo cual dió á las relaciones de Maximiliano y de su gobierno con Castelnau un giro violento, mientras Bazaine, que naturalmente había renunciado á sus propios planes ambiciosos, mostraba cierto celo por conservar su contacto con el infortunado monarca é inducirle hasta el último momento á abdicar. Por lo mismo se presentó á invitación de Maximiliano en la reducida asamblea de notables que en lugar